

blicanos extrajeron de los Berros una partida de ganado que allí habían puesto los sitiados, y se pasó á los sitiadores la única fuerza mexicana de caballería é infantería, en número de ciento cincuenta de los primeros y treinta de los segundos, habiéndose celebrado previos arreglos con el comandante republicano Manuel García. El 9 de Noviembre fué tomado por asalto, á la bayoneta, el cerro de Macuiltepec por la sección de zapadores y al siguiente día se estrechó el sitio, quedando reducidos los imperialistas á los puntos de San Francisco, plaza de la Constitución y la de Armas; el día 11 se verificó otro asalto y se rindió la guarnición imperialista, sin más condición que la gracia de la vida y salió de la ciudad el mismo día, sin armas, rumbo á Puebla.

Esta rendición de los austriacos tan cerca de la residencia de Maximiliano, dió gran impulso al torrente revolucionario que ya no respetaba valladar, ni se detenía ante ningún obstáculo, pasando sobre cualquiera fuerza que pretendiera contenerlo.

Cerca de Jalapa, á cinco leguas, en el pueblo de Tlacolulam, había permanecido una fuerza republicana amagando á esa ciudad, desde que se presentó la Intervención por aquella parte del Estado de Veracruz. Señalado ese pueblo de Tlacolulam punto de reunión de los republicanos, siguieron allí poco más de un año, mandados primero por el coronel D. Juan Foster; los pueblos comarcanos daban sus recursos é hicieron toda clase de sacrificios, para mantener aquellas fuerzas que hostilizaban á las que en Jalapa, cabecera del Cantón, mandaba el general Liceaga. Por entonces se verificaron solamente pequeños encuentros, escaramuzas de poca consideración, sin que obtuviera resultados favorables ninguno de los dos bandos contendientes.

Liceaga fué relevado por orden del Imperio con el general Galvez; continuó el coronel republicano Foster mandando en Tlacolulam, sobre cuyo pueblo se dispuso en Jalapa un ataque, y lograron las fuerzas del Imperio penetrar á las posiciones de los republicanos que les opusieron alguna resistencia en el punto llamado el Arenal, siendo incendiadas multitud de casas en un espacio de tres leguas; entonces desaparecen los jefes encargados de dirigir á los republicanos, abandonando todo á su propia suerte. Después del incendio y el saqueo, aquella comarca queda en la mayor miseria, suspenden su actitud hostil los pueblos, hasta el mes de Agosto de 1866, en que de nuevo se verifica otra reunión en Tlacolulam, bajo un orden más meditado; los republicanos fueron aumentando sus fuerzas y sus recursos para llegar al éxito que alcanzaron.

En ese mes se reanimaron contra el Imperio los pueblos que rodean á Jalapa, entonces ocupada por fuerzas del general Calderon, pertenecientes al Imperio, auxiliándole una fuerza austriaca. El 13 de Septiembre llega á Tlacolulam el general Alatorre, encuentra ya todo arreglado para hostilizar á Jalapa y se pone á la cabeza de los pueblos que aunque luchaban con grandes dificultades para sostener las tropas, no necesitaron ocurrir al cuartel general de D. Alejandro García, y se manifestaban resueltos á combatir al Imperio y la Inter-



*General Ignacio Alatorre.*

Durante la guerra contra la Intervención y el Imperio de Maximiliano, fué uno de los jefes que más se distinguieron en el ejército de Oriente. Sus principales esfuerzos tuvieron verificativo mandando la brigada de Barlovento. Circunstancias difíciles le obligaron á someterse temporalmente al Imperio, y cuando reapareció al frente de fuerzas republicanas le criticaron con dureza sus enemigos. En esta vez, debido á sus acertadas disposiciones militares, cayó en su poder la ciudad de Jalapa, el 11 de Noviembre de 1866. Algunos meses después tuvo participo en el asalto dado á Puebla el 2 de Abril, portándose con tal bizarría, que fué de los primeros en llegar al centro de la ciudad.

vención, siendo el resultado de sus esfuerzos la posesión de Jalapa y hacer que vacilara la fortaleza de San Carlos de Perote.

En el sitio de Jalapa las fuerzas de Honorato Domínguez, compuestas de gente de la Costa, habían cubierto el rumbo de Coatepec; las guerrillas de D. Francisco Milán estaban por el camino de Veracruz, dando paso solamente á determinadas personas mediante cantidades que se pactaban. Rodeada la población también por los demás rumbos, llegó á ser realmente angustiosa la escasez de víveres en el interior de la plaza, valiendo la poca harina que quedaba, á ciento cincuenta pesos la carga.

Entre las trincheras de la ciudad se hacían notar las del Calvario, San José, San Ignacio, Santiago y una que enfrentaba el camino de Coatepec. El citado día 9, los sitiados atacaron con notable ardor, simultáneamente, por los rumbos de la garita de Veracruz, Santiago y camino de Coatepec, rechazándolos la guarnición austriaca que les hizo gran número de muertos y heridos. El sábado tan sólo se combieron algunos tiros, y sorprendió á la ciudad, el domingo 11, el rumor circulado desde muy temprano, de que se negociaba una capitulación, aunque se ignoraban las bases; tres horas después se oyó algún tiroteo por el Norte y á poco se supo que los republicanos estaban ya en posesión de la trinchera del Calvario, donde perecieron un oficial, dos sargentos y algunos de los soldados austriacos que defendían aquel punto. Media hora después los sitiadores invadían las calles, llegando hasta la plaza principal. El jefe austriaco envió comisionados al general Alatorre, quien consintió desde luego en la capitulación de la fuerza que había defendido la plaza, é inmediatamente recibieron orden las demás que se sostenían en los otros parapetos, para que suspendieran todo acto de hostilidad.

Eran numerosas las fuerzas sitiadoras, á las que se unieron multitud de indígenas y hasta mujeres de los pueblos comarcanos, llegando al número de cinco ó seis mil las personas que llenaban las plazas y calles del centro. Una parte de esa gente se destacó hacia las trincheras en que aún se mantenían los austriacos, y los despojaban de las armas y el equipo, aunque sin hacer daño alguno á las personas y victoreando á la República y al general Alatorre. No hubo saqueo de casas, ni violencias en el vecindario de la población. En los primeros momentos se dispuso que los empleados del Imperio acudieran á pedir sus pasaportes; pero á poco se desistió de ello, en consideración á la falta de recursos y á otras circunstancias respecto á las personas á quienes se refería la providencia, dejándolas en libertad de emigrar ó permanecer en sus hogares.

El general Alatorre se encargó de la comandancia militar y D. José María Rodríguez fué nombrado jefe político. La entrada de los republicanos se verificó en la tarde del día 11. Emigraron para Veracruz el subperfecto Mora y algunos magistrados; la mayoría de los empleados imperialistas se quedó en Jalapa y obtuvieron pasaporte los que lo solicitaron.

Encerrados los austriacos en el castillo de Perote, tenían en continua alamar

á los vecinos de esa población, ocupada á veces por los republicanos; para sacar de tan difícil situación á los sitiados, les fué prestado auxilio por los franceses que ocupaban á Puebla, ciudad que servía de centro de reunión para las tropas expedicionarias que se retiraban, siéndoles preciso resguardarla, porque también estaba seriamente amenazada por los republicanos.

Los guerrilleros continuaban quemando y allanando los puentecillos del ferrocarril imperial, por cuyo motivo se vieron obligados los destacamentos franceses á recorrer señalados tramos, para lograr que cesara la interrupción que día por día sufría la línea de Veracruz. Dupin, situado en la Soledad, recorría con su contraguerrilla el tramo entre esa población y la Purga, sin lograr que se regularizara el movimiento de los trenes.

Queriendo evitar que el puerto de Veracruz continuara absorbiendo las rentas que producía el movimiento mercantil en aquella parte del país, dispuso el general republicano Desiderio Pavon, quedara habilitado el puerto de Pueblo Viejo para el comercio extranjero y de cabotaje.

El incendio de los nuevos puentes en la vía férrea de Veracruz á Paso del Macho, impedía la salida regular de los trenes y la circulación oportuna de la correspondencia pública. La empresa del ferrocarril procuraba reparar los puentes; pero no procedía con actividad porque faltaba la seguridad en la conservación de las obras. Por tal motivo y por la interceptación de los caminos nacionales, se carecía en Veracruz de porción de artículos de primera necesidad.

El general Alejandro García, desde su cuartel general en Tlacotalpam, dispuso que fuese libre de derechos la entrada de armas de munición, pólvora y demás efectos de guerra en los Estados de Veracruz, Tabasco y Chiapas; pero los efectos de guerra no podían ser vendidos, sin que antes se hubiesen manifestado y ofrecido al cuartel general ó al Gobernador y Comandante militar de cualquiera de esos Estados. La pena de comiso era el castigo de los que contrariaran la ley.

El camino de Zacatlán á Puebla se hallaba interceptado desde Tlaxco. El guerrillero Antonio Pérez con 700 hombres, entraba á Tlaxcala en los primeros días de Octubre (1866) y obligó á los austriacos y gendarmes á atrincherarse en el Santuario de Ocotlán y la capilla que se encuentra en las alturas que dominan la población. En un encuentro que tuvieron los zuavos con los republicanos el 2 de Noviembre, fueron estos derrotados y murieron en gran número, pues se habían dejado llevar por la confianza de que ya los franceses no los batirían.

El Barón Aymard, con su columna, expedicionaba por Tepeaca, Tecamachalco, Acatzingo y otros pueblos, auxiliado por las fuerzas de Flon y Triujeque. Amagada Izúcar por los surianos de Visoso, mandó el comandante Le-page al subperfecto de aquel distrito, que se defendiera, asegurándole que una columna francesa iría en su auxilio. Ocupado Zacapoaxtla por los republicanos, se siguió publicando allí *La Idea Liberal*, periódico que antes veía la luz en Puebla.

La Península de Yucatán continuaba en situación que empeoraba más cada día. A consecuencia del incremento que tomaban los indios sublevados, decretó el Comisario imperial, á principios de Septiembre, enérgicas medidas; movilizó la guardia nacional, impuso nuevas contribuciones y expidió la ley marcial contra los que directa é indirectamente auxiliaran al enemigo. El general Navarrete había logrado introducir á Tihosuco un auxilio de trescientos hombres al mando del capitán Feliciano Padilla. D. Teodosio Cantón reunió doscientos cincuenta individuos en los distritos de Motul é Izamal, y marchó con ellos á Valladolid para ofrecer sus servicios en la guerra. Este patrióta yucateco aspiró siempre á tomar parte activa contra los indios sublevados. Porción de voluntarios salieron de Mérida para prestar sus servicios en aquella guerra. Otra fuerza de esta clase se levantó al mando de D. Matías J. Cámara. La salida de las secciones que iban á prestar sus servicios en la campaña, era motivo de entusiastas reuniones y de arengas que les dirigía el Comisario imperial, y á veces alguna poetisa, con sus versos redoblaba el entusiasmo.

Desde el 15 de Agosto acabaron los indios de circunvalar á Tihosuco con tres líneas, la primera á distancia de tres cuadras de la plaza, la segunda una cuadra á vanguardia y la tercera en el término de la población, ocupando además los sitiadores todos los caminos y veredas, con emboscadas distantes una legua de la posición sitiada.

La guarnición al mando de Traconis, rechazó los asaltos de los sitiadores y conservó su línea de defensa á una cuadra de la plaza, teniendo situada convenientemente la artillería sobre los caminos principales de Peto y Valladolid y en la misma plaza.

A principios de Septiembre (1866) ya eran escasos los víveres; pero la guarnición se sostenía con la esperanza de recibir refuerzos, ó que fuerzas del exterior atacaran á los sitiadores que quedarían entre dos fuegos. Después de cuarenta y seis días de riguroso sitio, la situación de los sitiados era ya gravísima y todos creían preciso el abandono de la plaza el 19 del mismo mes; pero llegó antes el auxilio que pudo llevar el esforzado capitán Padilla.

A mediados del mismo mes ya no podían subsistir los defensores de Tihosuco mandados por el teniente coronel Traconis, al grado de estar obligados á comer carne de caballo y entonces resolvieron levantar el campo la noche del día 18 poniéndose de acuerdo con el general Navarrete. La ocupación de Tihosuco por los sublevados, plaza defendida por el coronel Traconis, parecía ser el desenlace de aquella brillante defensa.

El 24 de Octubre salió de Mérida rumbo á Sisal, para embarcarse en Veracruz al siguiente día, el Comisario imperial Bureau. Fué acompañado del prefecto político y con numeroso séquito de las personas que le eran adictas. Entre las mejoras que hizo se contó una casa de corrección. Al regresar el Sr. Salazar Harregui, quien cumplía con esto lo que ofreció en una proclama de despedida, fué recibido por sus adictos como augurio de una era de adelanto.